

Lluvia de Vichy sobre Euskadi

ANA ROSA GÓMEZ MORAL

Al acabar la guerra, la vergüenza de los franceses les hizo contar la historia como si todos hubieran participado en la Resistencia. Aquí, ni eso

Hay una lluvia a la que nunca nos acostumbraremos. Sus gotas seguirán siempre rebotando por los aleros, continuarán dejando verdín sobre las paredes y acabarán volviendo a descargarse sobre nuestros paraguas después de haber transitado por los imbornales y los desagües. Dada la opulencia de nuestra sociedad, habrá quien esté pensando en que, a partir de ahora, nos lloverá agua pura del manantial de Vichy catalán. Pero no, la nuestra es más parecida al agua putrefacta del síndrome de Vichy galo, aquel que llevó a una gran mayoría de los franceses a claudicar e, incluso, a colaborar con el régimen nazi con tal de no ver perturbada su vida cotidiana. Al acabar la guerra, la vergüenza de los franceses les hizo contar la historia como si todos hubieran participado en la Resistencia. Aquí, ni eso.

Como muy bien explican los profesores Martín Alonso y Jesús Casquete, en su artículo 'ETA, el miedo domesticado y el desafío de los gestos' del último número de la revista 'Claves', «que el Gobierno de Urkullu no haya optado por la continuidad del equipo anterior ni tenido en cuenta a Gesto por la Paz para localizar el perfil más idóneo para esa delicada responsabilidad ilustra bien las dificultades pendientes para hacer frente a las secuelas vivas de la gangrena del miedo».

De hecho, la Secretaría de Paz y Convivencia está regida por el máximo ideólogo de lo que los profesores Alonso y Casquete denominan «el tercer espacio», ese que «sostuvo, como el MLNV, que la violencia de ETA era una consecuencia, por lo que solo desaparecería cuando se atajara la causa, es decir, el conflicto entre España y Euskal Herria (programa soberanista). De esta percepción derivaba su asunción de la tesis de la invencibilidad de ETA plasmada en el sintagma emblema de Jonan Fernández –el empate infinito– y el corolario correspondiente: el insencialismo en la negociación y el diálogo. Cuando la realidad desmintió esa percepción, el sintagma de recambio ha sido el del final ordenado (es decir, 'sin vencedores ni vencidos'), como núcleo central de la retórica vigente desde la conferencia de Aiete. El segundo corolario que se desprende de la premisa del conflicto originario es que no deja resquicio para un espacio preparitario».

Precisamente, es ese espacio preparitario, que tan rabiosa e impecablemente defendió Gesto por la Paz durante años, donde debería basarse todo plan de paz y convivencia. Además, es algo que se desprende claramente de la apelación a la humanidad, alejada de todas las causas, que hacen algunas de las víctimas protagonistas de la película 'Reconciliación'. En el estreno del filme estuvieron presentes el propio lehendakari con todo su séquito y el alcalde de Bilbao con el suyo propio. Fue una

pena que las agendas les impidieran asistir al coloquio, que es cuando rebrotó el fatídico síndrome que, aún hoy, es capaz de hacer prevalecer identidades y opciones políticas sobre las personas. En una primera intervención, alguien preguntó si la película se iba a ver «fuera de aquí», como dando a entender el magno ejemplo de nuestra reconciliación interior. Yo, sin embargo, no pude evitar pensar en todas esas víctimas diseminadas por los pueblos de Extremadura, Andalucía, Galicia... que viven con el mismo dolor pero que aún no se explican muy bien qué es lo que les ocurrió. A reglón seguido, otra persona afirmó que lo que más miedo le daba era el odio que podía venir de las víctimas de fuera. Y aún hubo una tercera palabra que vino a complementar aún más la inquietante secuencia de intervenciones. Un hombre, que dijo

haber sufrido torturas y que se identificó con la izquierda abertzale, se manifestó rotundamente en contra de pedir perdón o mostrar arrepentimiento por haber apoyado la violencia de ETA, al menos hasta que no se lo pidieran a él. La misma tesis que el ex etarra Josu Zabarte, con 17 asesinatos a la espalda. Pero, por lo visto, el odio propio es mucho menos preocupante que el que nos va a venir de 'fuera'. Por si resultara poco, una mujer preguntó al director cómo había elegido a las víctimas. El interpelado, que parecía un recién llegado, balbuceó y no supo contestar. Algunos de los que es-

tábamos allí si lo sabíamos. Todas las víctimas que aparecen en la película han participado en experiencias puestas en marcha por gobiernos anteriores, como las experiencias de Glen Cree, los testimonios en las aulas o los encuentros con los presos de la 'vía Nanclares'. Esas iniciativas siguen aportando muchos sentidos y significados a nuestra convivencia, pero no pertenecen a la acción de este Gobierno, que ya lleva dos años de legislatura y aún no ha aportado nada que no consista en desencadenar y aprovechar como papel de reciclaje todo lo que ya se venía haciendo. Para corroborar este hecho no hay nada más que leer el artículo que publicó el lehendakari en este mismo periódico con motivo de los tres años desde el cese de ETA y tratar de buscar algo novedoso, algo auténtico, algo genuino.

Por fortuna, a lo largo de estos últimos días de viento sur, también ha llovido algo bueno. Concedieron el premio Nobel de Literatura a Patrick Modiano, precisamente el escritor que, 30 años después del final de la guerra, mejor se ha enfrentado al agua estancada de Vichy, porque las gotas del pasado siempre vuelven a repicar en los tejados, a resbalar por los canalones y a hacer nuevos dibujos en nuestros cristales con formas que hoy aún no somos capaces de



:: JOSÉ IBARROLA